



Homilía en la Misa de funeral del presbítero Pedro Rodrigo Santos S. I. Catedral (El Burgo de Osma) – 4 de julio de 2020

Queridos hermanos:

Saludo con afecto a los familiares de D. Pedro y les transmito en mi nombre, y en el de todos los sacerdotes de la Diócesis, nuestro dolor por su fallecimiento el pasado 21 de marzo, durante los días más duros de la pandemia. Fuimos muy pocas personas las que pudimos asistir a su entierro en Osma pero nos hicimos una promesa: que D. Pedro tendría la celebración de la Eucaristía. Para nosotros los cristianos la Eucaristía no es un homenaje que rendimos a nuestros difuntos. No es eso lo que hoy hemos venido aquí a hacer; sino a actualizar el sacrificio de la Cruz de Cristo en el que todos hemos sido salvados. Y a rogar a Dios para que D. Pedro pueda gozar de la vida eterna y por nosotros los vivos para que nos consolemos desde la fe y revivamos la esperanza en la vida eterna.

También quisiera expresar mi afecto a los sacerdotes concelebrantes, Sres. Vicarios, miembros del Cabildo de este templo Catedral, al que perteneció durante tantos años, a los fieles de las parroquias que atendió pastoralmente con dedicación y cercanía, así como al personal de la Casa diocesana de Soria, donde residió la última etapa de su vida.

Nuestro hermano D. Pedro nació en Osma el 2 de agosto de 1932; sintió la vocación al sacerdocio y estudió en nuestro Seminario. Fue ordenado sacerdote el 24 de junio de 1956, y cura de Villar de Maya, Santa Cecilia, La Laguna, Rejas de Utero, La Olmeda y Valdelubiel. Fue profesor en el Seminario durante cuarenta años y canónigo de la Catedral, así como director del Orfeón “Hilarión Eslava”, que hoy nos acompaña para despedirlo.

Con el salmista queremos cantar eternamente las misericordias del Señor y anunciar su fidelidad por todas las edades. Porque la misericordia del Señor es un edificio eterno, más que el cielo ha afianzado su fidelidad (cfr. Sal 89). ¡Qué hondura teológica la de este salmo que funda la relación de Dios con el hombre en su misericordia y en su fidelidad!

Hemos vivido unos tiempos muy duros que nos han hecho caer en la cuenta de nuestra debilidad. En una sociedad avanzada tecnológicamente, con un sistema sanitario fuerte, hemos notado muchas veces que la vida pende de un hilo. Hemos sentido la fragilidad de esta vida y la necesidad de la misericordia de Dios y de su fidelidad. Es precisamente esta misericordia y fidelidad de Dios la que lleva a Pablo a exclamar en la primera

lectura de la carta a los Efesios: *“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos”* (Ef 1, 3-5).

¿Cómo es posible expresar que Dios Padre es bendito en estos momentos de dolor y muerte? Sólo se puede hacer desde el convencimiento de que estamos en las manos de Dios, de un Dios Padre cuya misericordia trasciende esta vida: *“su misericordia es un edificio eterno”* (Sal 89, 39). Ante la certeza de la muerte, todas nuestras obras, incluso las más íntimas, tienen un significado que nos trasciende. El mensaje de Jesús no reduce a esta vida temporal: Jesús ha venido a hacernos eternos, a divinizarlos, a hacernos como Dios. Y nos pone el ejemplo del grano de trigo: *“Os aseguro que, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna”* (Jn 12, 24-25).

La vida de todo cristiano, de todo presbítero, es ser grano de trigo, morir y dar mucho fruto. Entregando la vida la encontramos en Cristo. Jesús nos invita a seguirle en una entrega total, en una actitud de confianza y sin reservas en la salvación del Reino de Dios. Las mieses doradas son fruto de un montón de granos de trigo que han sido enterrados y han sufrido un largo proceso de muerte. Seamos trigo echado en la tierra y así daremos fruto. No nos engañemos: solo muriendo a nuestras apetencias, deseos y querencias por un bien mayor que es el Reino de Dios alcanzaremos la salvación. Queridos hermanos, cuando un sacerdote pasa a esta eternidad, nuestro corazón se vuelve hacia nuestro Seminario. Por eso, esta plegaria por D. Pedro (tantos años profesor del Seminario) se vuelve al mismo tiempo una súplica al Señor para que nos conceda abundantes y santas vocaciones al sacerdocio y para que perseveremos los que ejercemos el ministerio ordenado en la Iglesia.

Cristo se hace presente en los granos de trigo molidos, ofrecidos y entregados por la humanidad en la Eucaristía. La Iglesia vive para y desde la Eucaristía, que es la fuente, centro y culmen de la vida cristiana, la cual se rompe cuando perdemos el sentido eucarístico de ofrenda, de sacrificio, cuando dejamos de *eucaristizar* nuestra existencia cotidiana.

En acción de gracias acompañemos a este hermano nuestro en su viaje definitivo hacia Cristo, con plena confianza en que Dios lo acogerá con los brazos abiertos, reservándole el lugar preparado para sus amigos, fieles servidores del Evangelio y de la Iglesia.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria